

CARLOS VELÁZQUEZ
VIDEORISA

KARLA ZÁRATE
AMNESIA

MAURICIO RUIZ
ENTREVISTA CON MARICELA GUERRERO

NÚM. 438 SÁBADO 17.02.24

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]



Arte digital a partir del manuscrito *Memorias y transfiguraciones* > Cortesía > Diana del Ángel > Staff > La Razón
Alaíde Foppa en una foto de archivo > Fuente > zendalibros.com

ALAÍDE FOPPA, DE SU PUÑO Y LETRA

DIANA DEL ÁNGEL

PEDALEAR MIENTRAS
VES CÓMO AMANECE
NAZUL ARAMAYO

EL NUEVO LIBRO
DE LUCIA BERLIN
GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA

Las cartas que no fueron también son. ¿Cómo escribirle a Alaíde Foppa, escritora y activista con una vida tan intensa y, a la vez, tan trágica? ¿Cómo se le habla a una mujer que fue desaparecida por la dictadura guatemalteca? Con esta epístola en distintas temporalidades, Diana del Ángel trata de responder. A continuación presentamos un adelanto del libro Memorias y transfiguraciones —previamente inédito— de la feminista, en su primera edición mexicana, editada por Antílope / UANL. Además de una parte del prólogo, ofrecemos una muestra de sus versos: porque "su cuerpo no ha sido encontrado, pero su palabra sigue viva".



CARTA EN VARIOS TIEMPOS

PARA ALAÍDE FOPPA

DIANA DEL ÁNGEL

@espejodetierra

*Vos tenés la bala.
Yo la palabra.
La bala muere al detonarse.
La palabra vive al replicarse.*
BERTA CÁCERES

Apreciada:
Esta carta había empezado de otro modo. Comencé a escribirte a principios de año. Desde entonces todo ha cambiado vertiginosamente. Hace varias décadas, le entregaste a Antonio Castro Leal un manuscrito de *Memorias y transfiguraciones*, en cuya biblioteca personal —felizmente pública en el recinto de la Ciudadela— lo encontré. Te contaré cómo fue el hallazgo de este manuscrito azul, pero antes hay otras cosas que debo decirte y preguntarte. Ahí también está un ejemplar de *Aunque es de noche* dedicado al crítico mexicano. En la primera página escribiste: "Para Antonio Castro Leal, por su amor a la poesía con la amistad de Alaíde. México, junio '63". ¿Se lo diste a él por la importancia de su opinión en la crítica poética de mediados del siglo XX o por esa relación afectuosa que sugiere la dedicatoria? No tengo manera de saber si te leyó y te hizo comentarios; lo cierto es que preservó el manuscrito de este libro tuyo, hasta ahora inédito, y muy probablemente lo mandó

a encuadernar. Gracias a ese gesto de cuidado pude encontrarlo, transcribirlo y fotografiarlo. Mientras preparaba esta carta supe de la existencia del cuaderno marrón del cisne y del cuaderno rojo del barco, donde escribiste los primeros poemas e índices de *Memorias y transfiguraciones*, además del mecanuscrito guatemalteco en tu archivo personal, resguardado por tu hijo Julio, en Guatemala. Tenía que verlos con mis propios ojos. Así que vine. Es imposible que escriba la carta como la había pensado en un principio, porque estos hechos cambian el pasado, pero del mismo modo la carta pasada está en estas líneas. Tú lo sabes: la escritura tiene capas. Tú sabías moverte y demorararte en ellas según el ritmo de tus procesos. Así pues, para escribirte esta carta ahora, será necesario referirme a la anterior —y aludir a otros pasados que nos siguen escribiendo— mientras te cuento cómo se ha modificado. Esta reescritura es un tamiz. El pasado informa. Está presente. Fantasmal y táctil. Simultáneo.

Admirada:
Te escribo desde México, 2023. Han pasado casi 43 años después de que te detuvieran

y desaparecieran elementos del G2 —Cuerpo de la Policía Secreta del Ejército— en Guatemala, cuando fuiste a comunicar a tu madre, doña Julia Falla, dos noticias: la confirmación de la muerte de tu hijo Juan Pablo, quien fuera capturado y desaparecido por el ejército en junio de 1980, y el nacimiento de tu nieta, hija de Silvia, también guerrillera. En enero de 1981, Mario, militante del Ejército Guerrillero de los Pobres, sería asesinado en combate. Inicialmente se pensó que te habían detenido por ser madre de tres guerrilleros, pero Marta Lamas asegura, acertadamente, que fue por ti misma, por tus acciones y tu compromiso con la lucha del pueblo guatemalteco. "Alaíde se comprometió a ser 'correo' y llevar y traer documentos", cuenta quien también fuera parte de la revista *fem*. Tu entrega determinada a las causas en las que creías, no fue la excepción en este caso. Otro tanto hiciste por el feminismo en México.

Muchas cosas han cambiado desde entonces. No podría hacer ni un breve recuento. Hoy día tenemos muchas mujeres de todas las edades luchando por nuestros derechos. ¡Si vieras la multitud que somos en las calles cada 8 de marzo! Estoy segura de que marcharías junto a nosotras. Gritamos

Fuente > conexionnortesur.com

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Fundador

Julia Santibáñez
Directora
@JSantibanez00

Natalia Durand
Editora
@mujezrog

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

consignas como las que tú escribiste al reverso de una hoja suelta para el Año Internacional de la Mujer en 1975: "Ni varón domado, ni hembra sometida / Viva la píldora / ¿Por qué el primer lugar a quien da la muerte y no a quien da la vida? / A trabajo igual, salario igual / Yo aborté". Hemos ganado muchas cosas. Algunas mujeres como yo, hijas de padres indígenas, pueden ir a la universidad y estudiar posgrados. Podemos decidir qué hacer con nuestro cuerpo, si queremos ser madres o no, si queremos casarnos o no. Todo ello constituye una lucha constante, porque no dejan de existir personas que, como tú dijiste en la década de 1970, "piensan también que las mujeres ya estamos diciendo demasiado, o escribiendo, o hablando demasiado". Lo mejor es que nos hemos encontrado, nos sabemos juntas y eso nos sostiene.

Por desgracia, otras cosas no han cambiado. No sé si tú supiste de las desapariciones forzadas realizadas bajo los gobiernos de Díaz Ordaz y Echeverría. En la década del 60 y del 70, desaparecían y ejecutaban a jóvenes. Dicen que el gobierno mexicano fue el primero en usar los vuelos de la muerte. Hoy también desaparecen a mujeres y hombres: ciento diez mil a la fecha. El grupo que más desaparece es el de niñas entre los 12 y los 18 años, pero también son las que más vuelven; en cambio, los hombres de entre 18 y 35 regresan poco. A veces quien les desaparece es el Estado; otras, los grupos de narcotráfico. Muchas agrupaciones, en su mayoría formadas por mujeres —abuelas, madres, hijas, tías, sobrinas, hermanas— se han organizado y salen a buscar a sus familiares por los cerros; se han tenido que formar como forenses. Como tú, cambian su vida de un día para otro para enfrentar lo terrible en busca de justicia; ellas buscan tesoros: los cuerpos de sus hijos e hijas, hermanos, sobrinos. Creo que si las conocieras sería un consuelo para todas. Hay otras madres que también se organizan para buscar justicia por sus hijas, mayormente asesinadas por sus parejas y esposos. En México hay 11 feminicidios al día. Como tú, algunas de ellas pierden la vida en su lucha: Marisela Escobedo y Miriam Rodríguez, por nombrar a dos.

Es triste que palabras tuyas, pronunciadas un 9 de febrero a finales de la década de los 70 en tu emisión del programa radiofónico *Foro de la mujer*, a propósito de la situación de las mujeres chilenas, sigan siendo válidas: "En estos días en que tanto hablamos de igualdad y mientras tratamos de obtenerla en todos los campos, resulta patético tener que admitir que el hombre y la mujer no son iguales en



Fuente > Cortesía de Julio Solórzano, Archivo Alaíde Foppa

Alaíde con sus hijos, Julio y Mario Solórzano Foppa, en el verano de 1947, en algún punto de los Alpes franceses.

el terreno del sufrimiento, que la mujer es más vulnerable".

Aunque tú no estás aquí para conocerlas a todas, quisiera decirte que muchas de ellas sí te conocen. Por ello pusieron tu nombre en la Glorieta de las mujeres que luchan, sobre avenida Reforma.

*

Extrañada:

Sé que no conoces el texto "Alaíde Foppa", escrito por Elena Poniatowska, donde habla sobre tu vida y obra, porque fue publicado en la revista *Debate feminista*, en 1990. Después fue usado como prólogo de una *Antología*, editada por el Gobierno del Distrito Federal, la UNAM y la fundación cultural que lleva tu nombre. Allí también escriben otras mujeres, colegas y amigas tuyas, sobre cómo te conocieron, sobre tu labor y el recuerdo de tu vida en la suya. No son pocos los textos que se escribieron después del 19 de diciembre de 1980, el día en el que te desaparecieron, porque ante la ausencia las palabras nos brindan cierto asidero. Personalmente encuentro entrañable el "Poema de navidad para Alaíde Foppa" que te escribió Isabel Fraire. Esperanza de fijeza.

De toda tu escritura es la palabra poética la que ha mantenido tu presencia entre nosotras. En 2018, la editorial Malpaís reeditó *Las palabras y el tiempo*, para la que me encargaron —junto con Alejandro Palma— hacer el prólogo; en 2020, la UNAM inauguró la serie *Vindictas. Poetas Latinoamericanas*, dentro de su legendaria colección *Material de Lectura*, con una antología tuya preparada por Elisa Díaz Castelo; en 2022, el Fondo de Cultura Económica reeditó *Viento de primavera*, volumen originalmente compilado por tu madre; en julio de 2023 apareció la edición guatemalteca de *Memorias y transfiguraciones* con un bello prólogo de Vania

Vargas y ahora existe ésta, que es la edición mexicana.

Déjame contarte un poco sobre mí, para que sepas quién te escribe. Estudié Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde tomé la materia de Siglos de Oro en un pequeño salón que lleva tu nombre. En el ámbito de la investigación académica me especializo en poetisas mexicanas del siglo XX y XXI. Cuando me pidieron el prólogo para *Las palabras y el tiempo*, fui a la biblioteca personal de Antonio Castro Leal, pues en su catálogo aparecen varios de tus libros, uno de ellos, *Memorias y transfiguraciones*, el cual solicité a los bibliotecarios junto con *Aunque es de noche* y la primera edición de *Las palabras y el tiempo*.

Así fue como llegó a mis manos un cuadernillo tamaño carta encuadernado con dos materiales y dos tonos celestes: el lomo es de keratol turquesa y el resto de las pastas es una cartulina rugosa color azul pastel. Cuando toco el lateral del libro se siente perfectamente el rastro del hilo, incluso es posible identificar el nudo de la encuadernación. Comienza en el extremo superior de las hojas, avanza hacia abajo y luego regresa hasta hundirse en el principio. Circular, como el tiempo. Se trata de la misma costura que se utiliza para coser expedientes judiciales. Antes de ir a Guatemala, estaba segura de que tú habías mandado a encuadernarlo, pero en tu archivo los mecanuscritos que contienen las últimas versiones de varios de tus libros inéditos de poemas están engargolados con pastas negras y aro de plástico. Sospecho ahora que esa encuadernación azul fue iniciativa de Castro Leal, pues a juzgar por su biblioteca, era entusiasta de encuadernar sus volúmenes.

El cuerpo del mecanuscrito azul está conformado por dos tipos de papel. La primera hoja, donde se lee "Alaíde Foppa, *Memorias y transfiguraciones*, México, 1965", y las portadillas de las secciones "MOMENTOS" e "ÍNDICE" —mayúsculas en el original— están en un papel más grueso. Si se miran



Fuente > Cortesía de Julio Solórzano, Archivo Alaíde Foppa

Foto enviada por la escritora a su esposo, Alfonso Solórzano, en diciembre de 1958. Fue tomada en Guatemala.

“AUNQUE TÚ NO ESTÁS AQUÍ PARA CONOCERLAS A TODAS, QUISIERA DECIRTE QUE MUCHAS DE ELLAS SÍ TE CONOCEN. POR ESO PUSIERON TU NOMBRE EN LA GLORIETA DE LAS MUJERES QUE LUCHAN, SOBRE AVENIDA REFORMA”.

a contraluz se revela un sello de agua: "Royal Linen / Bond / Hecho en México / contiene algodón". En *Historia del papel en México y cosas relacionadas*, Hans Lenz apunta que este tipo de material era producido por Fábricas de Papel San Rafael y Anexas, muy probablemente en una sucursal establecida en lo que hoy es Villa Nicolás Romero, Estado de México, donde contaban con "dos máquinas de papel de mesa plana, especializándose en papeles finos para escritura, con y sin marcas de agua".

Querida:

Imagina lo siguiente: Plaza de la Ciudadela: la Biblioteca Vasconcelos: una sala iluminada: seis personas alrededor de un libro inédito. Isabel, César, Irene, Marina, su papá —comitiva de Ediciones Antilope— y yo. Durante casi una hora. Cambiamos de posición, a veces nos sentamos, otras estamos de pie o en cuclillas, lo que no cambia es la dirección de nuestra mirada. El centro de gravedad son tus *Memorias y transfiguraciones*. Cada particularidad en las páginas del manuscrito azul es un evento que nos arranca "wows" prolongados, "sies" emocionados, risas y silencios donde los editores se imaginan cómo integrar esa materialidad a la próxima publicación de tu libro.

Tus *Memorias y transfiguraciones* provienen de un tiempo anterior a las computadoras y hay muchos saberes olvidados sobre ello. Tu libro, Alaíde, es un mensaje sobre la escritura del pasado. Javier, el papá de Marina, nos ayudará a saber un poco más sobre la forma de reproducción de los manuscritos en los años 70. Puede que Isabel recuerde algunas cosas, pues su madre era periodista y escritora y también utilizó la máquina de escribir como principal herramienta. Apelamos al recuerdo detonado por la materia.

Según nos cuenta Javier, para hacer varios manuscritos se ponía una hoja de papel copia, luego una de carbón, luego otra de papel copia y así hasta cuatro capas, dependiendo de los manuscritos que desearas. Se requería de una fuerza considerable para dar el golpe en las teclas. La energía corporal de cada uno de tus dedos se refleja en la cantidad de tinta trasladada al papel, pues ese factor no fue controlado hasta la creación de la máquina eléctrica. Las hojas mecanografiadas son un registro de tu cuerpo escribiendo. En el cuadernillo de *Memorias y transfiguraciones* hay letras, incluso versos, cuya impresión se aprecia más débil. ¿Era cansado escribir así, Alaíde?

La cuestión del golpe de las teclas es central. Según nos dice Javier, el grosor de la letra en la hoja indica el número de la copia, es decir, entre más gruesa, más alejada del original. Dicho de modo contrario, el primer manuscrito tenía la letra más delgada. Los posteriores eran producto de la superposición de hojas de papel carbón y papel copia, por ello su grosor aumentaba. A la luz de esa información

“TE IMAGINO VOLVIENDO VARIAS VECES A LA HOJA 46, DONDE APARECE ‘ELLA Y LA MUERTE’, MÁS EXACTAMENTE A LA ESQUINA SUPERIOR DERECHA. ESA HOJA ES UN PEQUEÑO CORTE GEOLÓGICO QUE REVELA TU PROCESO DE ESCRITURA”.

las hojas de *Memorias y transfiguraciones* son una segunda o hasta tercera copia.


Imaginada:

Por fortuna, Alaíde, tuviste asegurada tu habitación propia —junto con el monto correspondiente en libras señalado señalado por Woolf—. Pese a ello, en tu correspondencia se advierte la constante lucha por tener tiempo para tu escritura, pues el matrimonio, la crianza de tres hijos y dos hijas y la administración de una casa exigen un esfuerzo considerable que aún no es considerado trabajo. Todo esto sin contar con el resto de tus actividades docentes y culturales. Te imagino en tu hogar de la calle Hortensia, escribiendo y corrigiendo. Las formas de borrar lo escrito también han cambiado. Javier nos cuenta que había unas láminas del tamaño de una tarjeta de crédito, llamadas calaveras metálicas, caladas con pequeños cortes para controlar el borrado.

Te imagino inclinada en alguna hora del día, atenta a tu manuscrito con tu bolígrafo azul y una goma. Imagino que usaste el hueco lineal más grueso en la hoja 9, donde al final del verso "Y no sabe" se nota el desgaste por el roce entre el borrador y el papel. ¿Usaste el mismo hueco en la hoja 10 donde corregiste el sentido del verbo "puede"? Te imagino imponiendo el mismo cuidado y precisión para quitar como para añadir una letra. Así lo

hiciste para borrar la doble "b" de la palabra "bosque" en la hoja 14, y para insertar la primera "r" de "desterrada" —participio caro a tu experiencia— en la hoja 55. En cambio para "falso", en la hoja 56, intuyo que te valiste de otro procedimiento, porque un aura de borrado se aprecia en la porción de hoja donde se inscribe el adjetivo.

Te imagino volviendo varias veces a la hoja 46, donde aparece "Ella y la muerte", más exactamente a la esquina superior derecha. Esa hoja es un pequeño corte geológico que revela tu proceso de escritura. La impresión de la tinta indica que el poema es una segunda copia del tecleo, a diferencia del epígrafe que, por el delgado grosor de las letras, sería el primero. ¿Mecanografiaste el poema y luego añadiste, como quien recuerda algo importante, los versos de Rilke en forma de epígrafe? ¿Fue entonces o en otro momento cuando notaste la ausencia del nombre del autor de las *Elegías de Duino* y lo escribiste con tu bolígrafo de tinta azul? Me inclino por pensar que fue en una revisión posterior, quizá cuando agregaste ocho comas al final de varios versos. ¿Cuántas veces leíste *Memorias y transfiguraciones* antes de considerarlo listo para recibir una opinión crítica? ¿En qué momento comenzaste a enumerar con lápiz las hojas? ¿Lo hiciste así hasta tener claro el orden del libro, verdad? De ese modo no tendrías que volver a mecanografiar una hoja entera. Sólo al final sobrepusiste con la máquina de escribir los números "1.-, 2.-..." hasta llegar al sesenta y nueve punto y guion.

Todo esto, desde luego, tú lo sabes mejor que nadie. Lo que quizá no sepas es que por el paso de los años, los bordes de las hojas se han tornado amarillentos; salvo eso, el manuscrito se conserva en excelente estado. El tiempo sólo ha corroído la pequeña circunferencia de la primera "o" en la palabra "corazón" de un verso en la hoja 17, que no obstante es legible y claro como tu poesía, pese a que tu corazón se detuvo tres días después de tu detención a causa de la tortura recibida. [...] 

NOTA

¹Aprovecho para reconocer a José Mariano Leyva Pérez Gay, director de la Biblioteca México, y a Javier Rolando Castrejón Acosta, coordinador de las Bibliotecas Personales, por allanar las trabas para permitirme fotografiar el manuscrito de *Memorias y transfiguraciones*.

DIANA DEL ÁNGEL (Ciudad de México, 1982) escritora, defensora de los derechos humanos y doctora en letras. Autora de *Vasija* (2013), *Procesos de la noche* (2017), *Barranca* (2018), *Lucrecias* (2021), *Épica de la semilla y Lengua hierba* (2023).



Cartel del documental *Alaíde Foppa, la sin ventura*, de Maricarmen de Lara y Leopoldo Best, 2014.

POEMAS INÉDITOS: MEMORIAS Y TRANSFIGURACIONES

ALAÍDE FOPPA

ELLA Y EL SUEÑO

*¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y suave,
pude en largo destierro merecerte
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Desde la infancia
hubo una lucha desigual.
No quería la niña
dejarse quitar
tantas horas de vida.
Aún bajo los párpados cerrados
seguía viendo un paisaje:
miles de estrellas
que perseguía
en sus juegos extraños
y perdería dormida.
Le disputaba al sueño
sus pocos recuerdos felices
sus infinitas fantasías,
hasta las tibias lágrimas solitarias,
al fin una presencia
en la tierna mejilla.
Y no llegaba nunca
a sorprender el momento
en que todo se perdía.
Más tarde
cayó en el sueño
como en un lago profundo:
un sueño ciego
sin sueños,
pausa en la angustia del día,
manto de olvido
sobre las heridas.
El despertar
era el lento retorno
del dolor dormido:
ella quería retener el sueño
como se suplica al amigo
que no se vaya todavía,
prolongar al menos
esa zona confusa
donde la llaga apenas duele.
Pero el sueño se iba
y ella quedaba sola
con sus heridas
y sus ojos abiertos
ante el implacable día.

Imagen de la muerte,
los antiguos poetas lo llamaron.
Lo llamaría ella
descanso de la vida.
Y no sabe
si más breve o más largo
lo quisiera,
si le sigue pesando,
como en la infancia,
perder unas horas de vida
(ahora que queda mucho menos),
o si vive esperando la noche
como el único puerto tranquilo.
¿Es la niña que huye
ante el ala de la sombra
que la alcanza,
o la joven enamorada
de la muerte

que espera impaciente
su llamada?
Y la vida
¿es un largo insomnio?
¿o un largo soñar?
¿Qué puede hacer ella
extraviada
en ese tiempo confundido
que es la noche del alma?

*

ELLA Y EL DOLOR

Fue desde su memoria
más remota
una presencia perenne,
parte quizás de su raíz más honda.
Por eso pudo
pasar inadvertido tanto tiempo.
¿Era un alfiler clavado
en la palma de su mano,
o un puñal
que atravesaba su corazón?
Y en su jardín de pocas flores
y pájaros efímeros,
la permanente yedra silenciosa.

Era un huésped discreto,
sin apariencia de usurpar nada.
Sólo a veces
rebalsaba impetuoso de su cauce,
y tocaba
hasta la copa de agua
que ella llevaba a los labios,
hasta la yerba que pisaba,
hasta la orla de su vestido.
Amenazada
en su último refugio,
ella luchaba entonces
con repentina fuerza
para llevarlo de nuevo
a los límites consentidos.
Cansada volvía
de cada batalla,
pero arrastraba con fiereza sombría
el manto de su viudez permanente
y lucía su corona de espinas
con la cabeza erguida.

Hasta que un día
lentamente
con la misma cautela de siempre,
el Dolor comenzó a alejarse
de ese largo asilo.
Ella no lograba crearlo,
o acaso temía su ausencia.
¿Qué pondría en el hueco profundo
que el Dolor llenaba?
Es verdad que ahora
caminaba ligera
en su orfandad extraña,
en esa nueva desnudez
sin inocencia,
mas no se atrevía a mirar
si en vez de la oscura yedra
empezaba a subir
por el muro blanco
la alocada enredadera azul
que florece en primavera.

*

ELLA Y EL NIÑO

¿Desde cuándo
tiene un niño
dormido entre los brazos?
Lo mece suavemente
se inclina para rozar con la mejilla
la yerbecilla tierna
que cubre su cabeza.
Respira el niño
cadenciosamente
y ella quisiera
retener su aliento
de miedo que el leve
movimiento de su pecho
contraste
ese ritmo constante,
ese fluir de la vida
en el niño dormido.
Cuando despierte,
la boca ansiosa
hallará su alimento
ahí donde estaba el sueño,
porque ella es una fuente
y todo cabe
entre sus brazos cerrados.

¿Pero duerme el niño?
¿O es ella la que sueña
quién sabe desde cuándo
con ese niño dormido?
Quizás hace tiempo
que despertó,
y va por los anchos caminos,
corta el fruto del árbol
con su mano,
y ríe y llora y sueña,
muy lejos de ese sueño
que ella sigue meciendo
entre sus brazos
al ritmo solitario
de su aliento.

*

ELLA Y EL DESEO

En ella
la sangre se desliza
por un ciego cauce,
la flor no brota de su mano
y la oscura voz
que nace de su alma
en un sordo silencio
se levanta.
Para salir
de su prisión solitaria,
como árbol sepultado
crece el deseo
por el ramaje oculto de sus venas,
crece el anhelo
de su alma desterrada
como imposible
vocación al vuelo.
Quién sabe
si ese impulso secreto
la llevará a dichoso alumbramiento,
o pondrá en su pecho
la inútil rosa
de una herida abierta. □

En la fila de un cajero, a una mujer se le cae una sombrilla. Nadie la levanta por ella. Luis Bugarini parte de esta anécdota, para cuestionar aquellos imperativos que privilegian la idea de comunidad. Con un tono irónico, indaga su satisfacción al decidir que no ofrecerá su ayuda; cuestiona las normas sociales y morales, sugiriendo que el placer también puede venir de acciones aparentemente egoístas. Además, examina el contexto sociocultural de hoy, caracterizado por la soledad que propician las nuevas formas tecnológicas.

LA SATISFACCIÓN DE SER UN CRETINO

LUIS BUGARINI

@Luis_Bugarini

Días atrás, al hallarme en la fila para hacer un retiro del cajero automático, atestigüé cómo se le cayó la sombrilla a la mujer que yacía delante de mí. Iba con dos menores, inquietos y sagaces, que no se molestaron en ayudar. La mujer llevaba bolsas de compras llenas de verduras y otros insumos. Ni yo ni los de mi alrededor hicimos nada por levantar la sombrilla, y además de congratularme por no hacerlo, experimenté una indecible satisfacción por pasar de largo ante cualquier impulso de arrojarme a un acto de apariencia caballeresca. Ser un cretino, un rebelde, una persona irreflexiva...

I. INAUGURAR UNA FELICIDAD

Percibí su rostro de molestia al confirmar que nadie la ayudaría, incluidos los niños que la acompañaban, así como por la secuencia de actos para recoger la sombrilla. Recargó las bolsas sobre el muro, se ajustó los lentes sobre la nariz y se flexionó de manera resignada para levantarla. No sentí deseos de ayudarla, aunque la compadecí. La suya no era una vida envidiable y nunca lo sería.

De manera soterrada me hizo sentir un canalla. Días después recordé que nadie hizo nada por ayudarla, ni aun simuladamente, como quien emprende una acción con la esperanza de que alguien nos detenga en el último momento. Aquello parecía una prueba del fin de la civilización basada en la ayuda mutua, lo que daría paso a una nueva época de individualismo salvaje.

Yo no sería el responsable y tampoco haría nada para solucionar un problema que viene de siglos atrás. Entonces llegué a las preguntas de rigor: ¿me porté como un canalla, un cretino, un patán, un descortés, un grosero? ¿Soy acaso un indeseable social? ¿Cometí alguna falta, un delito, un acto repugnante a la mirada de cualquier dios? No lo veía así y estaba lejos de sentir remordimiento.

Ser un cretino implica comportarse con una mezcla entre *grosería* y cierta *cortesía* –entendida a partir de una interpretación libérrima. Lo más

importante era que ninguna definición del diccionario hacía referencia a la parte medular del hecho: el placer que yo experimenté al ser grosero y/o descortés. Ese estremecimiento interior me recorrió de arriba abajo, ya que la mujer no se esforzó por recoger la sombrilla, sino hasta verificar que nadie la ayudaría. Fueron segundos de miradas perdidas y silencios voluntarios, que se amplificaron como un eco en mi conciencia, hasta que ella confirmó que el paraguas no regresaría a su lugar con desearlo, ni por la gentileza de un desconocido.

Hubo cierta malicia en aquel atestiguamiento, porque desde mi lugar vi cómo el objeto se deslizó con lentitud hacia el piso. Si la hubiera prevenido a tiempo, la mujer no habría tenido que experimentar la molestia de flexionarse en público. Sentí placer y deseé que también se le cayeran las monedas o los lentes, para verla en un aprieto aún mayor. Esto huele a maldad pura, aunque no estoy seguro de que lo sea. El mundo es una caja de sorpresas, por lo común, indeseables.

II. EL DESPERTAR DE UNA ERA

Cualquiera diría que mi interés era pasar primero que ella al cajero automático, por lo que no se trató de un placer intelectual auténtico, sino de uno más primitivo: evitar el despido de tiempo. La presunción es más bien falsa porque parte del supuesto incorrecto de que yo tenía prisa, lo cual no se ajusta a la mecánica de los hechos.

Las motivaciones de un hombre son más profundas de lo que parecen. Estoy lejos de cualquier interés en el psicoanálisis o de imaginarme un experto en la clase de emociones que deben mantenerse soterradas. Intuyo

“AQUELLO PARECÍA UNA PRUEBA DEL FIN DE LA CIVILIZACIÓN BASADA EN LA AYUDA MUTUA, LO QUE DARÍA PASO A UNA NUEVA ÉPOCA DE INDIVIDUALISMO SALVAJE”.



Fuente > fanjianhua / freepik.com

que algo vive en mi interior y no logro definirlo, lo cual juzgo como inquietante. Tiendo a pensar que no soy el único que lo experimenta. Reitero que podría ser el fin de una época de moral compartida, que pregonó el bienestar de los demás por encima del propio, pero también una novedosa forma de perversidad ultraindividualista, capaz de minar esa lógica de cuidado colectivo. De otro modo resulta inexplicable la proliferación de actos groseros que suceden cada día.

También éste podría ser el surgimiento de una época de *cretinos* –por llamarlos de algún modo–, que experimentan placer al inocular pequeñas dosis de inacción en escenarios que podrían mejorarse si ellos intervinieran oportunamente. Bastaría con *no hacer* para que la sociedad y cada uno de los elementos que la integran vea comprometido su bienestar, sea por los efectos inmediatos de la inacción o porque aquello tenga consecuencias a largo plazo. En el ejemplo referido, la mujer podría dañarse las rodillas al levantar la sombrilla (corto plazo) o perder la fe en la humanidad de manera súbita, lo cual afectaría a sus pequeños, a quienes transmitirá una idea retorcida del destino (largo plazo). Debe decirse que la intervención “oportuna” en beneficio de los otros no ha probado su capacidad para mejorar al ser humano, ni las condiciones en las que vive. Más de uno habrá notado que pedir a los demás que utilicen el cinturón de seguridad no ayuda a que lo hagan, que lo harán si

les parece bien hacerlo, pese a todos los videos de accidentes que hayan visto en su vida o todas las infracciones de tránsito que acumulen.

Ser un cretino, tal como se perfila en este texto, es un mecanismo de autodefensa para sobrevivir en un mundo que no se cansa de recetar consejos para el (aparente) beneficio mutuo. Uno podría ser el que se lastime las rodillas o pierda la fe en la humanidad porque un acto bondadoso no sucedió a tiempo. La ética es un terreno fangoso y ya no existen profetas que le otorguen consistencia. Esto nos regresa al punto de origen y nos lleva hasta los bordes de nuestro paso por el mundo.

En algún momento, de forma explícita o implícita, se determinó que tenemos la obligación de procurar a los otros, independientemente de que ellos lo hagan de manera bilateral. Es una lógica más perversa que congratularse en silencio por no realizar un acto minúsculo. Entiendo que estas fórmulas de comportamiento son resabios del denominado *contrato social*, en el que ser recíproco actúa en beneficio de la mayoría. También podría ser un vestigio del temor que se experimenta cuando las personas se imaginan responsables de la humanidad, pero no actúan en su beneficio la mayor parte del tiempo.

Quizás en sociedades pequeñas, casi tribales, sea posible un comportamiento semejante. Cada uno de sus integrantes llevaría en una bitácora detalles sobre en quién se puede confiar, de quién cuidarse y a quién puedes afectar sin temer un acto de venganza. Pero en sociedades multitudinarias, de poco sirve ayudar al próximo. Hacerlo apenas detendrá a un ladrón de sustraernos la cartera. Aquí la supervivencia se vuelve un asunto más complejo que sólo respirar, alimentarse y dormir. Entra en juego un mecanismo de observación puntual y prudencia ante el riesgo. ¿Soy un cretino? Quizá. ¿Debo pagar por ese placer que enuncio y que parece ser experimentado en silencio por la mayoría? Lo dudo.

El mecanismo que utilizamos para expresarnos es una aproximación. Ni todos los libros escritos sobre los atentados del 11 de septiembre de 2001, ni los que vendrán, pueden dar cuenta de un solo segundo de aquel día nefasto. Nos contentamos con el lenguaje y sus posibilidades, aunque es un placebo que no reemplaza la experiencia. La sombrilla estaba destinada a caer, los niños a ignorarla, yo a desconocer a la mujer al igual que los demás a mi alrededor —y, en mi caso, a experimentar el indecible placer al que hago referencia—, porque nada de lo que sucede es casual y lo más humano es suponer que así sucedería de cualquier forma. Nadie es responsable de ser un cretino. El placer, ése sí, es un producto humano y es uno de los asuntos más complejos sobre los que pueda meditar.

III. OBSERVARSE EN PERSPECTIVA
Son muy escasos los placeres que ofrece la vida como para

“NADIE ES RESPONSABLE DE SER UN CRETINO. EL PLACER, ÉSE SÍ, ES UN PRODUCTO HUMANO; UNO DE LOS ASUNTOS MÁS COMPLEJOS SOBRE LOS QUE PUEDA MEDITARSE”.

rehusarse a uno de ellos, más aún si es delicado y sublime. El ser humano, como otras especies animales, persigue su satisfacción y se aleja de la incomodidad. Las fuentes de subsistencia enflaquecen cada vez más. Conforme pasan las décadas, la cantidad disponible de insumos para las necesidades primarias, se adelgaza. Hay menos satisfactores y un mayor número de consumidores, lo que detona en una búsqueda angustiada de los placeres elementales. Se vive más tiempo, es cierto, pero de modo más precario.

Goces elementales como caminar por la playa o respirar el aire del bosque son prácticas lujosas: sólo están a la mano de quienes disponen del ocio necesario para procurárselas. El acceso a las formas básicas de auto-satisfacción es intermediado por la tecnología, que no hace sino generar más deseos en seres condenados a desear. Afilamos las dagas que irán a dar a nuestro cuerpo y además lo hacemos con una sonrisa. Un fin de semana para acampar, pongamos por caso, podría terminar en un viaje a la muerte, por un asalto en un lugar solitario. Entre más crece la población, más debe alejarse de sí misma para observarse en perspectiva.

Los placeres físicos, salvo para aquellos que tienen gusto por el deporte, quedan cada vez más reservados a una minoría que no teme salir de su domicilio. En contrapartida, los placeres intelectuales ganan terreno porque no requieren más que un espacio cerrado con un mínimo de ventilación, y acaso una salida de emergencia por si tiembla o empieza un incendio.

Celebrar en silencio una pifia sucedida a otra persona es un placer intelectual, pese a que acontece en el mundo sensible; lo cual lleva al testigo a las preguntas esenciales de la filosofía: ¿por qué pasa lo que pasa? ¿Por qué sucede de un modo y no de otro? ¿Cómo se modificó la realidad con aquel suceso que es, en apariencia, irrelevante? ¿Quién determina la

relevancia de los hechos? Cada mirada sobre el mundo que ponga atención al detalle es una oportunidad para indagar sobre la situación del individuo, nuestro tránsito por este mundo y, al final, cuál será el destino probable cuando el tiempo de cada uno esté por concluir.

En este momento, la única forma posible de tener una vida rica en experiencias es disfrutarlas como un placer solitario. En la “sociedad de la transparencia”, para usar la terminología de Byung-Chul Han, no hay puertas ni ventanas. Todo está a los ojos de otros, que además tienen la curiosidad suficiente como para asomarse y pasar horas atestiguando la vida de prójimos, conocidos o desconocidos. El viejo lema de YouTube, *Broadcast Yourself* (transmítete a ti mismo), resume el culto contemporáneo que transforma a cada individuo en una máquina de crear contenidos que puedan ser visitados por otros. A la manera de una obra arquitectónica colectiva, se agregan partes a un andamiaje de apariencia infinita.

En medio de esta vivacidad digital se atisba la soledad del individuo contemporáneo. No puede comunicarse sin la ayuda de dispositivos electrónicos. Esto subraya el movimiento oscilatorio de la historia, que se acerca a la pulverización de la persona como realidad actuante. Este fenómeno, que es discutido en la actualidad por la filosofía, visibiliza flaquezas insólitas en las personas, en relación con la supervivencia en ecosistemas de variables indeterminadas. Sentir placer porque a una mujer se le cae una sombrilla prueba que la *humanidad* se encamina hacia su destrucción, y eso difiere tan sólo en la cantidad de sujetos involucrados. El hecho es el mismo, salvo que no hay un placer que pueda experimentarse a partir del segundo caso, porque la humanidad se cae a pedazos y es una entelequia de la que, según nos dicen, somos parte.

Los mecanismos que ideamos para darnos satisfacción son parte de la historia humana. El teatro, la ópera o las modernas comedias de *stand-up* nos hacen olvidar que nuestro final es la muerte y no sabremos cuándo vendrá por nosotros. Quizá en el instante cuando elijo no ayudar a la mujer, en un sitio profundo de mi psique estalla un pensamiento relacionado con la muerte. Ayudarla significa perder segundos que podría destinar a otras actividades. O a planearlas, siquiera. Las grandes empresas de la humanidad, lo mismo individuales que colectivas, se iniciaron con un plan.

Buscar un placer que no afecte a otras personas es menos fácil de lo que parece, pero ser cretinos ayuda a preservar nuestra identidad. Los principios del pacto social se derrumban para dar paso a nadie-sabe-qué. Bautizar las épocas de la historia humana con nombres rimbombantes dejó de motivar gestos de satisfacción entre los filósofos. Ignoro si debemos sentir temor o más bien ansiedad por ello. Sólo queda una certeza: nos espera un abismo que todo lo devora, seamos o no, unos cretinos. ■



Fuente: ▶ frimfilms / freepik.com

En esta segunda entrega de la sección "Crónicas en bicicleta", Nazul Aramayo —director del portal Ruedas Rebeldes— describe la vitalidad que lo acompaña al pedalear, incluso, esa vez que tuvo un accidente.

Aquí, su experiencia personal se entrelaza con reflexiones críticas sobre la cotidianidad y política coahuilense. El autor celebra la resistencia y libertad que da la bicicleta: un vehículo que no distingue edad ni clases sociales, y el cual permite a través de su cadencia armónica, una conexión con el entorno.

AMANECER AL RITMO DE UN PEDALEO

NAZUL ARAMAYO

@erosdiler

A orillas del Río Bravo, en una hacienda escondida, en la sierra, en los valles industrializados, en la planicie desértica, hay una bicicleta. Aun con todo en contra, una persona pedalea. Lo comprobé: mi cuerpo hizo *crack* sobre el asfalto, una tarde del 30 de septiembre del año pasado. Me levanté. El brazo izquierdo estaba inmóvil, y con una protuberancia a la altura de la clavícula. Fractura expuesta. Quedé incapacitado por dos meses y mi pensamiento más alegre sólo giraba en torno a regresar, en montarme a estas ruedas rebeldes. Qué buen vicio.

ESTA HISTORIA NO ES una lección de autoayuda ni desarrollo humano. Aunque estoy seguro de que a más de uno la bici nos ha salvado de colgar los tenis y cruzar al otro barrio. Las deudas y la familia quizá te enganchen al mañana, pero en bicicleta disfrutas el presente. Me sucedió aquí y en los 38 municipios de Coahuila, que pude recorrer en dos meses con una bicicleta plegable, mientras viajaba cubriendo la campaña política de un aspirante a la gobernatura del estado. *Spoiler:* para los políticos y empresarios, que se mueven a más de 180 kilómetros por hora en una SUV al igual que sus escoltas, los ciclistas somos seres invisibles.

Siempre me pregunté si las personas que acudían a esos mítines políticos realmente

empeñaban alguna esperanza, sobre todo aquéllas que fueron víctimas de abusos policiacos, despojos de tierras, falta de agua y otras tragedias, como ser familiares de mujeres asesinadas y gente desaparecida. Ellas y ellos, ¿sabían que se trataba de un negocio? Y también me pregunté: ¿habrá sido real la amenaza de los guaruras en Parras y por eso sacaron las armas y nos fuimos en caravana por terracería en medio de la noche? Ese día, como en los 60 que duró la campaña, ningún candidato —ni para gobernador ni para diputado— habló sobre la aspiración a ciudades más humanas, en las que usar el coche no sea una necesidad; nadie dijo nada sobre seguridad vial o los cientos de muertes que provocan cada año los choques y atropellamientos, que son al menos 52 en la capital del estado, durante 2022, es decir, una por semana, según la investigación que hicimos en el equipo de *Ruedas Rebeldes. Periodismo en bicicleta*.

Pero las rilas eran omnipresentes en la campaña: los adultos mayores que se movían en dos ruedas y abarrotaban las plazas públicas donde tenían lugar los eventos políticos, las mamás y los papás que recogían a sus niños de las escuelas, los trabajadores de zonas rurales que agarraban los acotamientos de las carreteras para llegar al jale o a su casa, los vendedores en triciclos, los niños que avanzaban por las calles —quizá aprendiendo independencia y una especie de rebeldía contra el estado de cosas al apersonarse sobre el asfalto—; de Acuña a Piedras Negras, de Saltillo a Torreón, de Ocampo a Monclova, de Sabinas a Múzquiz.

Y todo, bajo las condiciones climáticas más inverosímiles o, al menos, desde el punto de vista de quien sólo se mueve en coche: bajo la lluvia o el solazo, en medio de una tolvanera, entre la neblina, la oscuridad o el resplandor sin fin, ya sea por subidas y bajadas empinadísimas, en caminos rurales o carreteras, bulevares o callecitas atiborradas de baches. Y entonces recuerdo cómo una fisura en el pavimento me mandó al hospital; aunque las indicaciones médicas fueron aguantar al menos cuatro meses sin treparme a la bicicleta, después de 60 días me monté en el sillín y pedaleé con miedo, porque cada irregularidad en la calle me parecía un cráter y cada automóvil, una sentencia de muerte.

Pero imaginemos a Sísifo feliz: todas las personas que entrevisto cuando me las topo rodando en la calle, sonríen cuando les pregunto por qué usan la bicicleta. *Es que si las drogas no fueran ricas, nadie se las metería,*

“QUEDÉ INCAPACITADO POR DOS MESES Y MI PENSAMIENTO MÁS ALEGRE SÓLO GIRABA EN TORNO A REGRESAR, EN MONTARME A ESTAS RUEDAS REBELDES”.

alguien podría argumentar. Entonces, una obiedad cobra sentido: no estoy solo en esta ruta endemoniada. Alguien más se ha caído, se ha levantado y ha seguido su camino en bicicleta, y cuando llega el frío o la humedad, esa parte rota que duele es el claro recordatorio de que esa persona es más fuerte de lo que pensaba. Quizá es sólo el niño interior que descubre la energía de su cuerpo y supera las fronteras del barrio.

Lo cierto es que no importa cuántos kilómetros avanzáramos: al finalizar un evento en cualquier municipio, la práctica de soltar feria a los reporteros y camarógrafos de pasquines locales o medios grandes era la constante. Nuevas calles, nuevos perros. Y la misma lengua del trabajo precarizado.

LAS ESQUIRLAS DE HUESO se fundieron. La clavícula regresó a su lugar. Llegué a casa una noche después de haber salido semanas atrás en un viaje que inició antes del amanecer, cuando la luz apenas empezaba a dibujar el contorno de las cosas. En el cuarto para medios hay gente que llora la derrota. Se acabó el flujo de efectivo. A 180 kilómetros por hora no puedes sentir el pulso de la oscuridad. Ahora trabajo en una oficina con olor a caño. Entre paredes falsas, espero la hora de salida, cuando el bulevar principal de Saltillo luce aperrado de coches y transportes de personal. Yo avanzo a un costado. Sé que también otro ciclista de esta tierra coahuilense seguramente está viendo el mismo cielo y, también, tal vez sin pensarlo, percibe el ritmo simultáneo de sus piernas con la transfiguración de los colores. ■

NAZUL ARAMAYO (Torreón, 1985). Director y cofundador de *Ruedas Rebeldes. Periodismo en bicicleta*. Reportero, editor y autor de *Cantinas que merecen ser amadas y personas que no*, *La Monalíla* y sus estrellas colombianas y *Eros diler*.



Fuente > Cortesía del autor

La figura de Lucia Berlin fue provocadora en su tiempo y lo sigue siendo hoy. Sus libros se inscriben en la tradición de aventuras, como sugiere en este texto Gabriel Rodríguez Liceaga, porque "narran la tremenda aventura que le implicó ser mujer". A propósito de la publicación de *Una nueva vida* —volumen que incluye relatos inéditos, artículos, ensayos y fragmentos de diarios— el escritor reconoce la potencia de la estadounidense, así como la dificultad para comprender plenamente su alma, hasta en sus líneas más personales.

EL NUEVO LIBRO DE LUCIA BERLIN

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA

@El_Neb

La vida de mi padre me es tan desconocida como la de Adriano. Mi propia existencia, si tuviera que escribirla, tendría que ser reconstruida desde fuera, penosamente, como los recuerdos de otro, para fijar esas imágenes flotantes. No son más que muros en ruinas, paredes de sombra.
MARGUERITE YOURCENAR

Las historias de Lucia Berlin son emocionantes e inolvidables, esconden una verdad humana, una comprensión definitiva de lo que representa haber nacido. ¡Además es graciosísima! Se suscribe a la tradición impuesta por ese bloque de autores que hicieron libros de aventuras (Joseph Conrad, Herman Melville, Rudyard Kipling, Emilio Salgari). A diferencia de ese clan, los relatos de Berlin no involucran islas de caníbales ni bucaneros o capitanes ciegos; en cambio narran la tremenda aventura que le implicó ser mujer.

SE CASÓ TRES VECES, tuvo cuatro hijos, amo, amó otra vez, dejó que hombres adictos le arruinaran largos tramos de vida, se desveló escribiendo y oyendo rolitas, nació en Alaska, vivió en México, en Chile, fue alcohólica, superó crudas infernales en un mundo de vinerías cerradas, hacía el quehacer en casas ajenas, fue enfermera, dio clases de escritura en prisión, la hizo de mula y pasó droga por la frontera, uff.

Su *Manual para mujeres de la limpieza* sorprendió al mundo entero. Almodóvar dice que la autora es su alma gemela, el *Paris Review* nos regaña por tardarnos en descubrirla, se le llama el secreto mejor guardado de las letras estadounidenses. Lydia Davis tiene razón: los cuentos de Berlin hacen que leamos sintiendo latir el corazón.

Acaba de publicarse *Una nueva vida* (Alfaguara), preparado por uno de sus hijos: Jeff Berlin. Reúne relatos inéditos, artículos, cartas personales, ensayitos y pedazos de diarios. Cuando uno lee "inédito" piensa que son textos que la autora no quiso publicar, páginas halladas en cajones con telarañas. Luego uno se imagina que las editoriales

quieren seguir exprimiendo una obra finiquitada. Con *Una nueva vida* todo esto es verdad y no es verdad.

EL LIBRO ESTÁ dividido en varias secciones. Después de una inerte introducción de Sara Mesa viene un ramillete de cuentos nuevos, no necesariamente inéditos —varios fueron excluidos del grandilocuente *Manual*, pero aparecieron en forma de libro.

Un par de relatos son tareas de Lucia para cursos de escritura creativa. Destaco uno muy breve, "El aperitivo", en el que la voz narrativa prepara un banquete imaginario para Emma Bovary, Anna Karenina, Emily Dickinson y Sylvia Plath. En el cuento que da título al tomo, señala:

Se me ocurrió contarle a mi amiga Marla que estaba al borde del suicidio. Tremendo error. Hace poco que es psicóloga. Intentó llegar a la raíz de todas esas frustraciones y a obligarme a lidiar con la rabia. Yo no estoy enfadada con nadie. No puedo culpar a nadie más que a mí misma por haber sido una mujer y una madre espantosa, un desastre total. Tengo 60 años y sigo en ese horrible puesto de recepcionista.

Si ésta no es la Lucia Berlin todopoderosa que hemos aprendido a amar, entonces no sé qué es.

La segunda parte la conforman artículos y ensayos. Es divino leer sobre el hecho de que nadie sabe cómo se pronuncia su nombre: *Lu-sii-a, Lusha, Lucía, Luchía*. Ella está en paz con esta indeterminación pues su vida siempre fue afín a la de un personaje de las letras rusas: tiene sentido que veces la llamen Dmitri y a veces, Misha.

Son textos muy breves, profundos. Si el libro sólo incluyera esta sección valdría la pena. "Diseñar la literatura: el autor como tipógrafo" es un texto luminoso, íntimo: "[...] para mí la escritura es un acto no verbal, el placer del proceso ocurre en el silencio entre las notas". En "Bloqueada" leemos su frustración: "Ahora mismo odio mi vida. No hay nada que quiera usar como material narrativo, ni siquiera puedo mirar



Lucia Berlin (1936-2004).

atrás sin dolor". Una vez más: Lucia, la todopoderosa. En los diarios vemos a la trotamundos visitar la tumba de Jim Morrison en París, repudiar a los alemanes, usar el adjetivo *felliniano* a propósito de un mercado de pulgas, escribir mal el nombre de la funeraria Gayosso, en fin.

Al final de cada texto, su hijo brinda información sobre el origen de lo leído y el momento en el que fue escrito. Esto nos va armando, como un rompecabezas, la vida de la escritora. Pero sólo son las orillas del rompecabezas.

MARGUERITE YOURCENAR, otra aventurera, dijo que escribió *Memorias de Adriano* porque sabía tan poco de su papá como de un emperador del siglo II. A ratos siento que esa misma ignorancia aplica a Jeff Berlin respecto de una mujer tan compleja y con una vida tan empapada de dolores y bellezas como su madre. La fama le llegó tarde, por eso nos agarramos con pinzas a lo que sabemos de su paso por la tierra y cómo esto influye en tal cuento.

El apéndice biográfico que concluye el libro deja claro que no sabemos nada del alma de la autora. Y por eso *Una nueva vida* comienza a oler a necesidad, a producto más que a mito. Aparecerán más libros con cartas o novelas inconclusas, testimonios. Yo suplico que leamos y releamos el *Manual para mujeres de la limpieza*. Ahí está la Lucia Berlin heroica que, sin hacer autoficción, hizo de su vida material literario. Una literatura alegremente fundacional, viva. ■



Fuente: jck.com

En esta reseña entusiasta de la serie que nace a partir del famoso cuento de Edgar Allan Poe, Alejandro Rodríguez Santibáñez elogia la adaptación tan creativa que llevó a cabo el director y productor, Mike Flanagan. En los capítulos destacan las actuaciones —especialmente la de Mark Hamill— además del estilo gótico ya característico del cineasta, así como su capacidad para mantener el espíritu original de la obra y respetar el legado de Poe, mientras crea una historia contemporánea, más acorde a nuestra época.

LA MODERNA CAÍDA DE LA CASA USHER

ALEJANDRO RODRÍGUEZ SANTIBÁÑEZ

@AlexRodriguezSa

Quienes somos fieles seguidores del poco convencional director estadounidense, Mike Flanagan, nos frotamos las manos de antojo cuando se dio a conocer, hace más de un año, que para el 2023 se estrenaría en Netflix el clásico cuento de Edgar Allan Poe, “La caída de la Casa Usher”.

El estilo literario del poeta y narrador llama la atención por la elegancia de su escritura y la forma tan peculiar de narrar una historia de terror. Él no lo hacía como se acostumbra, con gritos, sangre, monstruos o asesinatos, sino como si se tratara de un nocturno y sombrío libro victoriano de literatura gótica (época en la que se da a conocer este tipo de género, por cierto), en donde hay apariciones, espectros o energías en una casa abandonada, pantano o cementerio, que no son entes demoníacos, más bien son almas en pena, confusas, asustadas, que buscan la luz o el descanso, sin encontrarlo. Quién mejor para plasmar ese tipo de historia, que el admirado Allan Poe.

PARA MI GRATA SORPRESA, la serie no es una adaptación de “La caída de la Casa Usher” como tal, sino que utiliza los elementos de ese cuento para narrar la historia de una poderosa familia, la Usher. A la manera de *Succession* —la producción de HBO del 2018, creada por Jesse Armstrong—, está conformada por un frío y millonario patriarca, cuyo hijos buscan desesperadamente su amor y aprobación.

Como ocurrió en la primera serie de Flanagan para Netflix, donde conocimos su estilo sutil que llamó la atención del público y la crítica, *La maldición de Hill House* (2018), cada capítulo se centra en uno de los personajes / hermanos, con su propio drama. Y esa historia individual se suma, una por una y poco a poco, al cuerpo narrativo general, para así llegar al clímax y luego, al desenlace.

En la Casa Usher también sucede de ese modo. Cada uno de los capítulos que conforman la serie tiene el concepto de otro cuento de Poe: “La máscara de la Muerte Roja”, “Los



Fuente: muycomputer.com

crímenes de la calle Morgue”, “El gato negro”, “El corazón delator”, “El escarabajo de oro”, “El pozo y el péndulo” y, por supuesto (para mi gusto, el capítulo mejor logrado de la miniserie), a partir de su más famoso poema, “El cuervo”. Se retoman múltiples elementos del universo de Poe para trasladarlos a la moderna historia de la familia Usher, que se soluciona de forma tétrica, como aquellas narraciones del torturado escritor.

No voy a decir que es indispensable haber leído las conocidas como *Narraciones extraordinarias* o los *Cuentos góticos* del escritor de Boston, Massachusetts —dependiendo de la editorial y la década de impresión—, porque el argumento televisivo es bastante entretenido y resulta muy bien logrado. Pero si se tuvo la grata oportunidad de leer primero a Allan Poe, entonces la experiencia es mucho más completa, porque las tomas y los personajes están salpicados de referencias a diferentes momentos de sus textos.

Por ejemplo, el detective que investiga a la familia Usher con un tema muy actual, como lo es la producción y venta de opiáceos y su posterior crisis de salud pública, es el propio detective Dupin, protagonista del cuento “Los crímenes de la calle Morgue”. Además, se trata del personaje con el que nació la narrativa policíaca: son sus descendientes Arthur Conan Doyle con Sherlock Holmes y Agatha Christie, con Hércules Poirot.

Claro que Netflix tenía que cumplir, como suele hacerlo, su cuota políticamente correcta: el personaje es un hombre de raza negra, que tiene un esposo con el que adoptó a un niño.

La cereza amarga del pastel es la sublime actuación del legendario Mark Hamill, a quien poco ubicamos fuera de su inmortal interpretación como Luke Skywalker en la trilogía original de *Star Wars*. Para bien, el intérprete logra quitarse un posible encasillamiento de su papel de Jedi y da vida al protagonista aventurero de la única novela de Poe (*La narración de Arthur Gordon Pym*), pero que en la serie funge como ese abogado *resuelve problemas* de los adinerados *juniors*, una especie de Tom Hagen en *El Padrino*. La serie vale la pena por muchas cosas, pero si no fuera así, sólo por ver la actuación de Hamill ya sería tiempo bien invertido.

OTRA CARACTERÍSTICA de Mike Flanagan es que utiliza prácticamente a los mismos actores en todas sus series: uno va reconociendo las caras porque aparecen en *La maldición de Hill House*, *La maldición de Bly Manor* (2020) o en la tremenda *Misa de medianoche* (2021), acaso mi favorita de sus miniseries en Netflix (disponibles todas en la plataforma). Siempre respeta el mismo estilo: gótico, elegante, lento, perturbador. Son actores poco conocidos, sin mucho nombre, pero que muy pronto aprendemos a reconocer y admirar, como el caso de Henry Thomas, el antaño niño de *E.T.*, a quien Flanagan ha rescatado del retiro. Todo apunta a que estará haciendo lo mismo con Mark Hamill.

Adaptar a Allan Poe no debe ser fácil, porque busca generar miedo en la psique, no en lo corpóreo. Sin duda, considero *La caída de la Casa Usher* una de las series del año, porque dio vida a una historia nueva, aunque rindiendo homenaje y respetando a detalle la obra de uno de los padres de la narrativa moderna.

¿Volverás a leer a Poe igual? Nunca más. ¿Te sentirás tranquila o tranquilo tras ver la serie a solas en casa? Nunca más. Nunca más. Nunca más. **■**

FUI UN LECTOR TARDÍO. A diferencia de otros escritores, nadie me inculcó el hábito de la lectura. No fui uno de esos niños a los que inundan con libros infantiles, como hice yo con mi hija. En mi casa no había libros ni de cocina. El único material de lectura que había era *El libro vaquero*, que mi padre desempolvaba cuando no pasaban westerns en la tele, lo que, a la larga, produciría una fuerte influencia en mí.

ANTES DE DESCUBRIR a José Agustín y la literatura, y de convertirme en un lector consumado, me hice aficionado a un cómic mexicano fuera de serie: *VideoRisa*. Durante los 80 me dediqué a coleccionar la revista con voracidad. No miento si pongo la mano sobre la Biblia y asevero que fue parte importante de mi educación sentimental. *VideoRisa* era una publicación que le hacía bulin a los productos de entretenimiento masivo de la época: películas, telenovelas y series televisivas. Con humor fiero, doble sentido y mala leche, parodiaba y se burlaba de todo y de todos. Aquello, sumado a las comedias que pasaban los domingos por Canal 5, *The Blues Brothers*, *Un detective suelto en Beverly Hills* o *Los Cazafantasmas*, plantaron en mí el germen humorista que emplearía yo en mi literatura una década y media más tarde.

No sabía nada de la revista *MAD*, ignoraban quiénes eran los Freak Brothers, no había escuchado a Frank Zappa hacer canciones mofándose de las primeras estrellas de rocanrol, pero tenía un doctorado en *VideoRisa*. Y aunque no lo sabía ni lo podía intuir en ese momento, todo lo anterior confluía en las páginas de la revista. Compartían el mismo espíritu desmadroso y lúdico. Quizá para muchos no fuera más que un producto basura, pero la verdad es que en el fondo era un laboratorio para deformar historias. Era necesario ser ingenioso en extremo para destrozarse esas tramas y salir bien parado.

Mi número favorito era la sátira que le dedicaron a *Star Wars*. Rebautizada como *La Guerra de las Garnachas*, para nuestra sensibilidad mexa. Salieron 300 números de la revista. Nunca llegué a tenerlos todos, pero amasé una colección de más de 80.

ESCRIBIR EL PRÓLOGO para la reedición de mi primer libro me ha hecho acordarme de *VideoRisa*. Mi debut ocurrió en el 2004. Fue una edición del Gobierno del Estado con un tiraje de mil ejemplares, que se agotaron desde hace muchos años. Antes de que fuera publicado aparecieron

LA MEMORIA ES UN ELEFANTE con poderes sobrenaturales. Enreda la trompa en las profundidades del cerebro, aletea las orejas, barrita versiones alternativas de mi vida. Camina pesadamente sobre mis reminiscencias más oscuras y antiguas. Absorbe el agua de mis experiencias secretas, las expelle, inunda mis sentidos. Yo creía haber dejado atrás mi primer beso de lengua, me lo devolvió cuando comía un helado de cereza en cono. Toma atajos por el bosque de mis pesadillas para ahorrar tiempo y energía, cercena el episodio cuando me casé en Las Vegas, al parecer, con Elvis.

Me lleva en su lomo por pasajes remotos de mi historia sin saber que los guardaba, el tobogán azul de la alberca donde casi me ahogo, el picor del pasto verde sobre el que me recostaba por las tardes, el sabor afrutado de mi vino favorito, las texturas de las pieles que he tocado.

SE EMPEÑA EN ALMACENAR escenas vergonzosas que me esfuerzo por bloquear, tropecé en el escenario frente al público, llamé a mi novio con el nombre de otro novio. Me hace creer que estoy loca, dudar de mí. Rellena huecos con información inverosímil. Ya no sé qué es verdad y qué es mentira, si fue fantasía o no pasó, todo lo que retengo está alterado. Recorro mi infancia con gran precisión, pero no sé lo que hice ayer. Doy saltos en el tiempo, aniquilo eventos, inserto otros.



Cortesía del autor

“ERA NECESARIO SER
INGENIOSO EN EXTREMO PARA
DESTROZAR ESAS TRAMAS
Y SALIR BIEN PARADO”.

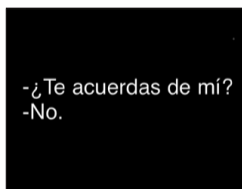
algunos relatos míos en un par de revistas. Pero en realidad el primer lugar donde vi algo escrito por mí, impreso en un papel, fue en *VideoRisa*. La revista contaba con una sección de cartas de lectores, que se ubicaba en las páginas finales.

Como muchos otros morros de provincia mandé una carta. Fue la primera ocasión que escribí algo por completo de mi autoría. No recuerdo nada de su contenido. Lo que sí permanece conmigo es el sentimiento de orgullo que me invadió cuando descubrí mi carta publicada. La sensación de triunfo me acompañó durante mucho tiempo. Le presumí mi hazaña a todo mundo. Debía tener 10 años. Y ya había conseguido dejar de ser inédito. Unos cuantos autores podrán presumir lo mismo, pero no muchos. Quizá a otros les daría vergüenza confesar que arrancaron en una revista pueril. A mí, no.

EMPECÉ MI CARRERA literaria en *VideoRisa*. Me encanta haber perdido la virginidad ahí. Haber ingresado por la puerta de atrás. Jamás sospeché que aquella sensación de verme publicado sería tan poderosa como para empujarme inconscientemente a convertirme en escritor. Pero lo fue. Y yo ni siquiera lo sospechaba. Por supuesto que en mi adolescencia leí a Rulfo, pero aquella fue una buena escuela. La única que en ese momento me abría sus aulas. Y la que yo necesitaba.

Tengo una colección enorme de revistas, de las que me rehúso a deshacerme, la mayoría son de música. No tengo ninguna *VideoRisa*. No siento nostalgia por ellas, a pesar lo mucho que las disfruté, como para comprarlas usadas en el mercado negro. La única que me gustaría conservar es aquella donde apareció mi carta. Pero ni siquiera recuerdo la portada. ¿Me la robarían? ¿La extravié en una mudanza? ¿O en un divorcio? No lo sé. Pero el hecho de que no la tenga en mi acervo de revas hace que todavía tenga más valor para mí. Si la tuviera no dudaría en incluirla, íntegra, en el prólogo de la reedición de mi primer libro.

Cortesía de la autora



“¿Te acuerdas de mí?
-No.
“RECORRO MI INFANCIA
CON GRAN PRECISIÓN,
PERO NO SÉ LO QUE HICE AYER.
DOY SALTOS EN EL TIEMPO”.

Desaparezco, me le pierdo al mundo. Preparo una maleta, lleno la cartera de billetes, me pongo un vestido corto, una mascada en el pelo y sandalias. Sin celular, voy cerca de la ciudad a descansar en un hotel. Me registro con otro nombre, pago en efectivo, no dejo rastros. Leo, nado, tomo el sol y bebo margaritas, muchas. Transcurren 11 días y sus noches. Duermo plácidamente entre las sábanas de la *king size*. Me encuentran. Yo, la desmemoriada, no sé qué pasa ni quién soy. Me interrogan policías y detectives, supuestos familiares, no recuerdo nada. No sé si esto me ocurrió a mí, si lo imaginé, lo leí, escribí, lo soñé o me lo contaron. Juro que no armé este numerito para ganar seguidores o hacerme publicidad, para limpiar mi reputación dañada, no intento rebatir ninguna imagen que tengan de mí. Soy sólo una amnésica con el corazón roto.

Si tú, querido lector, sabes mi nombre, quién soy, de dónde vengo y por qué vivo, por favor escríbeme al periódico. Te aseguro que a ti nunca te olvido.

.....
*Veo los años posar.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charlyfornicio

VIDEORISA

OJOS DE PERRA AZUL

Por
KARLA ZÁRATE
@espia_rusa

AMNESIA

ESGRIMA

Por
**MAURICIO
RUIZ**
@mauricio_ruiz_z

MARICELA GUERRERO: LA POESÍA SIEMPRE VUELVE AL CUERPO

“ESCRIBIMOS
CON ESA MISMA
EMOCIÓN QUE
ATRAVIESA
NUESTROS
SENTIDOS Y
NOS PONE EN
MOVIMIENTO”.

Le gusta arrullar a sus hijos con canciones en náhuatl. Sale a dar caminatas en el bosque, medita, baila, practica yoga. Maricela Guerrero alimenta su sensibilidad poética en la naturaleza y el constante retorno al cuerpo. No hay sendero creativo que no explore. Puede dirigir el foco de su emoción artística tanto a una ciénaga, como a una planta de sábila; a los paisajes de Alaska o a un barrio obrero en Berlín.

Licenciada en Letras Hispánicas y maestra en Letras Latinoamericanas por la UNAM, la escritora ha cursado talleres de guion, escritura cinematográfica y escritura creativa con Elsie Méndez en 2013, Patricio Saiz en 2015, y Doris Dörrie en 2017, respectivamente. Su trabajo ha sido publicado en revistas como *Letras Libres*, *Luvina*, *Blau Magazine* y *Tierra Adentro*, entre otras. Ha participado en encuentros nacionales e internacionales y en la exposición colectiva *Todos los originales serán destruidos*. Durante otoño de 2023 fue becaria del International Writing Program (IWP) de la Universidad de Iowa, donde conversé con ella.

¿Cómo te enteraste del IWP?

El año pasado estubo aquí Judith Santopietro, que escribe en español y náhuatl; nos hicimos amigas en Oaxaca. Con ella tengo un diálogo alrededor de la poesía, la diversidad lingüística, la vida. Me propuso que postulara y en cuanto se echó a andar el engranaje de la solicitud, me propuse hacerlo lo mejor posible. Sé que es un programa muy competido y que en muchas ocasiones la poesía no es el género con más visibilidad. Este año, sin embargo, fueron elegidos muchos poetas.

¿Qué te ha inspirado mientras estás en Iowa, en qué has estado trabajando?

Llegué con un proyecto al cual no he podido dedicarme tanto: escribir ensayos sobre el vínculo entre el lenguaje poético y la naturaleza, para darle la vuelta a este concepto de la *ecocrítica*, que me hace ruido. Para mí, la poesía siempre ha estado vinculada con la naturaleza: es un lenguaje que nos permite saber quiénes somos y dónde estamos. No estoy segura de qué pensar cuando le llaman *ecocrítica* o *ecopoesía* a lo que yo hago. Mi propósito inicial era trabajar esos temas, y lo he estado haciendo, sólo que no he tenido oportunidad de escribirlo. He revisado tanto bibliografía publicada, como obras de arte y ciencia. Regresé a mis fuentes originales, entre ellas, a Sor Juana. También me encontré con un autor que yo conocía desde que empecé a dar clases de español hace 20 años: Ilan Stavans, quien tradujo el Quijote al *spanglish* y que tiene un libro maravilloso sobre las diversas condiciones del *spanglish* en el territorio norteamericano, además de un volumen de escrituras y ensayos sobre Sor Juana entre la comunidad chicana y *queer*, donde aparece como la figura rebelde y transgresora que siempre ha sido.

Para un trabajo que voy a presentar en el festival Lit & Luz en Chicago estoy resolviendo cómo manejar el *spanglish* en una pieza donde, junto con la artista Flor Flores, realizamos un pronunciamento para acompañar a la comunidad trans, ya que tanto en México como en otros lugares, es uno de los grupos humanos más vulnerables. Desarrollamos un *performance* con poemas y puesta en escena, donde el perfume es un elemento fundamental. Me hace muy feliz la idea de generar poesía desde ese juego.

Algunas de tus maestras incluyen a Sor Juana, Mónica Nepote, Marina Porcelli, Paula Abramo. ¿Quiénes más figuran en esa lista?

Doris Dörrie, una cineasta alemana. La primera película que vi de ella, hace más de 20 años, se llama *Nadie me quiere*. Es muy divertida. Sucede en Kreuzberg, Berlín, en un barrio muy importante. Aparece una mujer que sufre por amor romántico. Poco a poco va descubriendo



Fuente > facebook.com

nuevas formas de convivencia y aprende de sí misma a partir de culturas distintas a la suya. Esta misma idea la reproduce en *La peluquera*, donde narra la historia de una mujer de 40 años, con una hija adolescente. La trama se relaciona con la migración, los cruces entre culturas y aquellas visiones del mundo que se desvían de la norma.

También tiene otras películas, como *Las flores del cerezo*, que se vio muchísimo en su momento. Ella vino a México por una retrospectiva que le hizo la Cineteca Nacional. Entonces impartió un taller de escritura creativa: ahí habló de la necesidad de estar atentos para escribir, de cómo la meditación puede ser relevante para lograr concentración y autoconocimiento, de la posibilidad de organizar tu día para que en cualquier momento puedas escribir. En aquel entonces yo estaba en una oficina y tenía que inventarme tiempo para dedicarme a la escritura. Yo llevaba a cabo intuitivamente todas las propuestas que nos dio; era algo que ya venía practicando y a partir de su taller se convirtió en un método de trabajo. Logré tener mapeado mi propio proceso creativo. Todas las cosas que yo hacía se empezaron a organizar en un solo espacio.

Ahora también estás escribiendo narrativa. ¿Qué diferencias le encuentras con la poesía?

El trabajo con el lenguaje es al mismo nivel. Se requiere tener una conciencia muy poderosa de nuestra herramienta: la gramática, los sonidos, la sintaxis, todo lo que pasa cuando estamos creando un universo lingüístico que puede convertirse en un poema, una novela o un ensayo. Lo que sí se transformó para mí, en el proceso creativo, fue la necesidad del tiempo. Puedo armar el borrador de un poema en 20 minutos, una hora. Me llega después de hacer ejercicio, una caminata larga, algo que tenga que ver con el cuerpo. El asunto con la novela es que para entrar a lo que se llama *el momento de fluidez* —cuando ya te sueltas a escribir—, al principio me costaba mucho trabajo. Con el entrenamiento, que tiene que ver con meditar, con entrar al cuerpo, es como he podido ir accediendo a ese estado de fluidez con mayor facilidad, pero para escribir narraciones sí necesito tener más tiempo: entre tres y cuatro horas.

Las primeras piezas narrativas las realicé cuando todavía trabajaba en una oficina. Las fui haciendo poco a poco. Comencé a trabajar en el género a finales de 2018. En 2021 me dio Covid y recibí 20 días de incapacidad. Los primeros 10 estuve enferma. Perdí el olfato, el gusto, la voz. Dormí mucho. Los siguientes días me di cuenta de que podía seguir leyendo y escribiendo. No tenía ninguna otra responsabilidad, salvo escribir. Mis papás me daban de comer de cinco a seis de la tarde; el resto era para concentrarme. En ese periodo redacté 60 cuartillas y concreté otros textos pendientes. Fue una explosión del entusiasmo que uno siempre busca. En el baile, el ejercicio, las aventuras. Escribir es otra de las facetas del cuerpo. Escribimos con esa misma emoción que atraviesa nuestros sentidos y nos pone en movimiento. ■